

S

drilla
berlo
ue lo
había
necho
de la
ecisa-
imas,
e Je-
e sus
ace el

Hay,
es de
stente
cual
a cla-
ta; y
i, que
misa;
na X,
ol; la
letra
latina
mente

en que
os im-
n con-
bas la
o sea
endren-
iones.
e tres,
mente

ó, por
nidad,
s a la
a Paz
y ni-
himno
o pro-
rboles,
na ni-
ón, el
s asis-
do que
y las
aestro
y ad-
bre la
el se-
a fran-
él ca-
encillo,
as ad-
s niños
enigno
Muños
uado y
ste úl-
himno
termina
na ins-
escu-
na es-
varios
merien-
por la
l.
ló, con
a ima-
la Pa-
el cum-
ZUEL,



El Eco de la Cruz

PAX VOBIS

Año XXVII

Zaragoza, 1 Mayo 1925

Núm. 625

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

Dirección y Administración: Calle del Pilar, 5

Teléf. 1578

Sucursal de EL ECO DE LA CRUZ

Calle Benavente y Moriones, 5,
fábrica de toquillas (antiguo
camino del Sábado).

LA CRUZ

He ahí la señal del cristiano, la santa cruz.

¡Y cuántos cristianos pasan días, y aun semanas, sin santiguarse ni una sola vez!

¡Y cuántos, que pasan por piadosos, hacen, en vez de cruces, garabatos, cuando se santiguan!

Y no es la cruz tan sólo la señal del cristiano.

Es también nuestra defensa.

Contra los malos pensamientos, y por esto nos signamos en la frente.

Contra las malas palabras, y por esto nos signamos en la boca.

Contra los malos deseos, y por esto nos signamos en el pecho.

Contra las asechanzas del diablo, y por esto la llevamos pendiente sobre el corazón.

Y debería presidir el lugar donde trabajamos.

Y la habitación en que dormimos.

Y desde lo alto de los montes más elevados, nuestros campos y nuestras veredas.

La Cruz nos atrae las bendiciones de Dios.

Porque ella es además el título mejor para reclamar sus inefables misericordias.

Como que en ella se dejó clavar para que nosotros fuéramos libres.

Y en ella murió para que nosotros fuéramos salvos.

Por esto a la sombra de la Cruz somos vistos por Dios como objeto de su predilección.

¡La Cruz!

Es nuestra fuerza también.

Por ella somos invencibles.

Como que ella no ha sido abatida jamás.

Después de veinte siglos todavía permanece en pie.

Porque la Cruz es la virtud de Dios que a todo resiste.

A la acción del tiempo y a los ataques de los impíos.

Objeto de odios inextinguibles, es objeto también de amores inacabables.

¡Y de qué amores!

De las almas sencillas que en ella encuentran su descanso.

De las almas atribuladas que en ella encuentran su consuelo.

De las almas fervorosas que en ella encuentran su vida.

De las almas ingenuas, que en ella encuentran la verdad.

De las almas puras que en ella encuentran su paz inalterable.

¡La Cruz!

Levantada un día en la cima del Calvario como signo de ingnomia, ha sido tenida después por símbolo de grandeza.

Dios, muriendo en ella, le comunicó su propia virtud.

Por esto de ella brotan las grandezas todas.

El celo que se entra por las selvas todavía inexploradas en busca de almas a quienes salvar.

La caridad que se entra por todos los tugurios en busca de miserias que remediar.

La fortaleza, que no se rinde ante el martirio.

La abnegación, que rinde culto a la pobreza, y a la obediencia, y a la castidad, en la amada soledad del claustro.

La serena majestad del genio, humillándose ante la verdad del Cristo crucificado.

¡La Cruz!

La única esperanza de un mundo, como el actual, tan trabajado por todos los sofismas y por todas las audacias.

De espaldas a la Cruz, el abismo es su término.

En tierno abrazo a la Cruz, sus días de gloria serán incontables.

Por esto los pueblos vuelven sus ojos a la Cruz.

Y a ella van levantando sus brazos.

Y a su virtud van pidiendo el alivio de sus males y el término de sus terribles convulsiones.

¡Oh, el día en que la Cruz vuelva a dominar al mundo!

¡Cruz! ¡Cruz adorable! Sálvanos con tu virtud omnipotente.

M. DE SANTA CATALINA.

MATER PURÍSIMA

La Iglesia te saluda y enaltece con el nombre que más te pertenece; Mater Pura decimos a porfía millares de tus hijos cada día.

Et incarnatus est la Iglesia canta postrándose a tus pies, oh Virgen santa, adorando en tu seno anonadado al que es Señor de todo lo creado.

¡Oh, qué prodigio es y qué ventura ser madre y a la vez ser Virgen pura. En ti está la virtud, la fortaleza, el poder, y la gracia, y la belleza, el camino, la luz y la verdad, ¡oh Virgen madre, qué felicidad!

Sólo anhelabas, reina y gran Señora, llegara pronto la bendita hora

de tenerle en tus brazos virginales y otorgarle cuidados maternales.

Pero, ah, que el Dios del cielo omnipotente, ese fruto bendito de tu vientre, que por salvar al mundo se anonada, no tendrá ni una misera morada; no tendrá más abrigo, ni otro albergue que una cueva muy pobre y un pesebre.

Yo no puedo expresarte, Madre mía, los afectos que siente el alma mía. Nada hay que por Ti mi amor no hiciera, ¡cuán gustosa por Ti mi vida diera! Bendice una vez más a la Mendiga, y siempre con valor tus pasos siga.

LA MENDIGA.
R. I. P.



TRIBUNAL BARATO

—¿Qué ocurre, Macario?

—Pues ocurre que hay tres mujeres que quieren entrar y yo no las dejo, porque me *paice* que vienen contra un servidor.

—Y ¿en qué lo conoces?

—En que me miran con muchos humos y me dicen palabras gruesas.

—¿Qué te han dicho, pues?

—Ha *entrao* la primera y m'ha escupido en la *apargata*.

—Mala señal, pero muy mala señal es esa.

—Yo l'hi dicho: ¿no tié *usté* otro sitio *ande* escupir? Y m'ha *contestao*: ese escupido está en su sitio, porque tú no eres más que una escupidera. Con que yo, con *to* la *humildá* del mundo, l'hi dicho: gracias, *muchismas* gracias... Aun estoy esperando la contestación. Ha *entrao* la segunda y m'ha dicho: Yo te tengo de cortar la lengua. Yo l'hi *contestao*: ¿a mí?; *miá* no se la corte yo a *usté*, que en mis principios fui carpintero, luego sastre, de esos que cortan *to* lo que les ocurre. Con que... no se fie. Y la tercera, que parecía una fiera, m'ha dicho: T'hi de sacar los *higados*, *pa* que lo sepas, infame. Yo l'hi dicho: Sáqueme *usté* *to* lo que quiera, no m'importa, como no me saque las perras que tengo.

—¿Tantas tienes?

—Regular.

—Pero ¿cuántas, poco más o menos?

—Cinco *u* seis. *Pa* *usté* nada, ya lo sé; pero *pa* mí, cinco *u* seis pe-

rras son un tesoro. Y tenga *usté* presente que a mí el *higado* me gusta, *pa* *qu'hi* de decir otra cosa, y más si es de cerdo; pero que me pasará muy bien sin él.

—Y ¿no te importa que te saquen los *higados*?

—No m'importa *miaja*. No sé qué mal les habré hecho a esas mujeres, pero están dadas al diablo. *Usté* verá si las recibe, *u* no las recibe; pero, si las recibe, haga *usté* el favor de *dame* la razón en todo; en algo se ha de conocer que vivimos juntos y *semos* casi familia.

—Está tranquilo que, en aquello que tengas razón, te la daré; ahora, en aquello que no tengas tú la razón...

—*Tamién*.

—No señor; si no tienes la razón, no te la daré.

—Eso les falta, pues, a esas mujeres. Por favor se lo pido, hombre, no me niegue *usté* ese favor.

—Es que no debo, Macario, no debo hacer eso.

—Tampoco yo debo un céntimo a nadie; pero un favor que le pido...

—Es que esos favores no se deben pedir. Macario, en cuestión de justicia, no hay padres, no hay amigos, no hay nada. Justicia seca; hágase justicia y húndase el mundo.

—Pues ya sé lo que me espera.

—¿Qué es lo que te espera, pues?

—Pues, nada, que me sacarán los *higados*, que me escupirán en las *apargatas* y me cortarán la lengua.

—¿Pero es que tú te vas a dejar hacer todo eso?

—*Giéno*, pues iré a un presidio *pa* *toa* la vida, porque yo hago un adelanto, vaya si lo hago. Y todo por no querer *dame* la razón. Hombre, hágame *usté* el favor ese, de *dame* la razón; ya le daré otra cosa; pídamela otra cosa.

—No puede ser, Macario; con la justicia no se comercia como con los chorizos.

—Hombre, precisamente ha ido *usté* a nombrar una cosa que, mire, me da calentura sólo de pensar en los *churizos*. De modo que ya no m'importa que me quite *usté* la razón en todo, con tal que, cuando *nus* quedemos solos, me entregue *usté* tres *u* cuatro *ocenas* de *churizos*, de esos que te quedas, con sólo *vellos*, por la señal de la santa cruz; *na*, igual que si te santiguaras. Y te comes uno *u* dos y te quedas más *sastifecho* que si rezaras una parte de rosario; no le exagero; *ahura*, si te comes media *ocena*, te quedas como si oyeras una misa cantada.

—Nada, no te canses, que te daré la razón, si la tienes; pero que no la esperes, si no la tienes.

—*Giéno*, ¿qué les digo?

—Que entren.

—Y yo ¿qué hago?

—Entra también.

—Está bien, pero a mí que no me falten y, si me faltan, a ver cómo se pone *usté* de mi parte, aunque no tenga mucha razón.

—Que entren al momento...

* * *

.....—Que *entris*... y... mucho ojo, pero *muchísimo* ojo con lo que se dice.

(Entran la tía Melchora, la tía Casilda y la tía Juana).

La tía Casilda.—*Giéno*s días, señor Mago.

—Muy buenos os los dé Dios.

La tía Melchora.—Por poco no entramos, no *nus* dejaba ese *morrazos* de Macario.

—Mal, muy mal, Melchora, veo que no tienes razón.

Macario.—Así se tose.

La tía Melchora.—Pero, por Dios, señor Mago, ¿cómo dice *usté* eso, si aún no le *hi* dicho mi sentir?

—Pero ya veo que no tienes razón. La palabra *morrazos* es un insulto, y el insulto es sólo propio de los que no tienen razón. Es regla que falla pocas veces. Dos personas discuten: ¿quieres saber quién tiene razón? Fíjate a ver cuál es la que más insulta y aquélla es; usa del insulto porque no tiene otros argumentos y se empeña en meter gato por liebre, como si un insulto pudiera alguna vez ser un argumento.

La tía Melchora.—Antes ha *insultao* él.

Macario.—Mientes. ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Cómo?

La tía Melchora.—El otro día *mesmo* *nus* has *insultao* tú a *to* las mujeres, que no sé cómo el señor Mago te lo consintió.

Macario.—¿Qué dije, pues?

La tía Melchora.—Pues dijiste tú, con mucho *retintín*, si *tamién* *nusotras*, las mujeres, habíamos de resucitar, *u* no, como los hombres. Pero, ¿por qué no *himos* de resucitar *nusotras*? Vamos a ver, ¿qué motivo *himos* *dao* *pa* que no vayamos a resucitar? Habla, *mostrenco*, habla,

echa al aire esa lengua, que te la himos de cortar pa que no vuelvas nunca a hablar mal de las mujeres, y nus la himos de comer en estofao, con un poco de cebolla y perejil.

La tía Casilda.—Yo, la que me toque, me la comeré asada, que me gusta mucho.

La tía Juana.—Yo, frita en la sartén, si me dejan.

Macario.—Que no te dejarán, a mí corto conocimiento; de eso ya me cuidaré yo. Además, yo no hi habla mal de vosotras.

La Melchora.—Has habla mal de las mujeres, y nusotras semos mujeres.

Macario.—M'alegro de sabelo. Pero digo y repito que yo no hi habla mal de las mujeres; yo sólo hi dicho unas palabras juertes de las fieras, de esas fieras que se comen las lenguas de los hombres honraos.

La tía Melchora.—Nusotras, por ejemplo; pero es que ha habido un hombre tan deslenguao que ha dicho que, si habíamos de resucitar las mujeres, más valía que no resucitaran los hombres; por lo visto nusotras les estorbamos.

Macario.—Claro que sí estorbais, sólo que no lo conocís. Cuánto más tranquilo estaría yo aquí, solico con el señor Mago...

La tía Melchora.—Por Dios, no nombres al señor Mago, que lo tienes asao y está harto de tí, que eres un tonto, que no tiés vergüenza, que eres un tragón, que sólo piensas en comer, que me da asco que seas español, y que me dirijas la palabra y hasta me tengo a menos de mirate, soso, bicho, t'ha day.

Macario.—¿Ves, Melchora, ves cómo vosotras no podís resucitar? Porque, si resucitais, no nus dejarís entrar en baza a nadie, y nus tendrís acoquinaos, y nus haréis, si llegais a resucitar, cuidar del fuego, barrer las escaleras y reparar la ropa. ¿Aún sus paice que tenís poca lengua que venís por la mía? No en mis días, no por Dios. Y tener entendido que, si nuestro Señor lo deja a mi disposición, como es casi seguro, vosotras no resucitarís; no esperis esa breva; u no resucitaré yo, ¡qué voy a resucitar, hombre!

El Mago.—Macario, Macario, a callar...

Macario.—¿Ve usté, señor Mago, el poco respeto que le tienen estas mujeres? ¿Ve usté cómo realmente están ya demasiao resucitadas?

El Mago.—A callar todos, silencio.

Macario.—Señor, que yo estoy en mi casa y ellas...

El Mago.—Basta, dejadme hablar, necesito hablar y, para hablar yo, es preciso que todos los demás calléis.

Macario.—Pero, ¿verdá que las mujeres no resucitarán?; si no, no habrá paz.

El Mago.—Hágase justicia, aunque se hunda el Universo. Y por amor a esa justicia digo: que tanto monta un hombre como una mujer; constituyen la misma especie y están sujetos a la misma condición y a los mismos destinos. ¿Defectos? Cada uno los tiene especiales. Entre otros es especialidad del hombre la soberbia, el emborracharse y el blasfemar; vicios estos que suelen darse en la mujer, pero en mucho menor grado. Son vicios especiales en la mujer, la

vanidad, la ligereza y el lujo. Hecho un estudio comparativo entre una y otro, resulta un saldo a favor de la mujer. La mujer, en general, es mejor que el hombre; ese es nuestro juicio. De todos los modos, el resucitar después de la muerte, no depende de que sea mejor o peor; porque el resucitar es propio de toda la raza humana. Y la raza humana la constituyen el hombre juntamente con la mujer. De modo que no cabe duda ninguna: todas las mujeres resucitarán.

Macario.—A usté l'han debido untar.

El Mago.—¿Qué dices?

Macario.—Que ya veo que todo esto es custión de pesetas.

El Mago.—A mí nadie me ha dado nada; además, yo no me vendo.

Macario.—Pué que le pase a usté como a mí, que tampoco me vendo; pero es que porque nadie me viene a comprar. Pero, si vinieran a pedirme precio y nus arregláramos, no sé lo que haría; pué que también hiciera resucitar a las mujeres, aunque luego me pesara.

El Mago.—Ahora bien; afirmo que, absolutamente, todos resucitaremos, para bien o para mal. La justicia que en este mundo no se cumple, se cumplirá entonces. Este mundo es una comedia, con dos actos. En el primer acto, quedan las cosas colgadas, no sabe uno a qué atenerse. Pero en el segundo acto, después de la muerte, se ve ya todo claro y cada cosa queda en su lugar. Éste mundo es como las charadas de los calendarios, que no se entienden bien, y ponen al terminar: La solución mañana.

Macario.—Eso digo yo: la solución mañana; allí se verá claro las pesetas que ha costao el resucitar a to las mujeres.

El Mago.—Si no callas, te pongo una mordaza, o un candado. Pero tengo que deciros otra cosa para terminar: En ninguno de vosotros, ni en las mujeres esas, ni en ti, está resucitado nuestro Señor Jesucristo. En vosotros está Jesucristo muerto, como en el sepulcro. Si Jesucristo estuviera resucitado en vosotros, ya sé qué actitud hubiera tomado; lo hubierais visto con el índice de su mano derecha en los labios imponiendo silencio absoluto; no se hubiera oído una palabra. Vosotras, mujeres, debierais de haber dicho: Pero, ¿quién hace caso de lo que dice el pobre Macario? Que diga una cosa, o que diga otra, lo mismo resucitaremos. Y así, ahora llevais a Cristo muerto, que es la mayor desgracia que le puede ocurrir a uno. Que ¿en qué lo conozco? En primer lugar, en que habéis perdido la paz, y donde no hay paz, es muy difícil que esté Jesucristo resucitado. En estas condiciones, en vosotros no se oye más que gritos, desórdenes; en una palabra, el terremoto que sucede siempre a la muerte de Jesús. Sí, lo repito; cuando os oigo, me parece oír la matraca de Semana Santa, anunciadora de que Cristo ha agonizado. Lo que ha traído aquí a esas mujeres, no ha sido, no, el amor a Cristo y el deseo de resucitar para estar con El; ha sido su amor propio, ofendido al verse consideradas en plano inferior al hombre La Vida de Jesús en nosotros es muy fuerte, pero a la vez muy sua-

ve. Los gritos matan esa Vida, o la espantan. Nuestra vida es muy miserable: ¿queremos mejorar de condición? Dejemos de vivir esta vida; vivamos sólo la Vida espléndida de Cristo. Retiraos.

Macario.—¿Güena la himos hecho.

EL MAGO.

POR GRATITUD

“El Porvenir Obrero”, que, en Vitoria, es el eco de sus admirables obras sociales, con una espontaneidad que le honra, dedica a “El Eco de la Cruz” todo un artículo que nosotros le agradecemos con toda el alma.

Con bulliciosa resonancia echa al vuelo las campanas que tiene para los días de gran fiesta y, con clamoreo catedralicio, toca a Laudes en honor a nuestro periódico.

Nosotros nos ponemos de pie, nos cuadrarnos y saludamos militarmente, diciendo: Señor Montoya, a la orden.

Luego, tomamos la mano que tales cosas ha escrito de nosotros, dejamos en ella un beso y una lágrima y, confusos, casi avergonzados, nos retiramos mirando al cielo y diciendo: Dios se lo premie, como El sabe hacerlo y como nosotros le deseamos.

ECOS DEL SAGRARIO

¡Qué vergüenza!

Todas las cosas pueden crecerse ante nosotros.

Son menos que nosotros y valen y pueden más.

La misma tierra que pisamos puede levantar la cabeza con aires de triunfo.

Somos esclavos de ella.

¡Oh, si ella no nos diera pan!

¡Y si ella no nos diera con que cubrir nuestras carnes!

¡Y si ella no nos diera asilo en sus entrañas cuando habemos muerto!

Pero hemos comulgado.

Tú, pájaro, que alegras los espacios con tus gorjeos.

Tú, flor, que embalsamas los aires con tus aromas.

Tú, sol, que alegras la tierra con tu luz y la fecundas con tu calor.

Humillaos ante mi y adoradme: Soy el Cristo que pasa.

—¿Tú eres El?

—Sí, yo soy El, El que se ha encarnado en mí.

Oledme: soy la suavidad de El.

Tocadme: por mis venas corre la Sangre suya, y en el fondo de mi alma descansa su divinidad.

Y no os escandalicéis.

Ved el misterio.

Es que me ha amado como El sabe y puede amarme; hasta el fin, hasta la locura, hasta el exceso.

* * *

¿Pero no es eso la Comunión, almas eucarísticas?

M. DE SANTA CATALINA.

HOJA PARROQUIAL DE ALCOBENDAS

—Yo creo, señor Cura, que, a pesar de todo lo que ustedes nos predicán, la verdadera religión es ser uno hombre de bien. Con esto basta y sobra.

—Sí, para que no te ahorquen, bastante es; pero para ganar el cielo, no. Ante todo, vamos a arreglar tú y yo unas cuentas: a ver lo que tú entiendes por hombre de bien, porque esta es una frase de goma tan elástica que, estirándola, estirándola, puede ocurrir que llames hombre de bien a un bribón de siete suelas. ¿Qué te parece ese mancebito que sale por la noche, aprovechando el sueño de sus padres, y se va, como suele decirse, de *picos bardos*? ¡Vaya una pregunta!, me dirás. Las calaveradas de la juventud no son motivo para poner en tela de juicio la hombría de bien. Y ¿qué te parece de ese mercader que vende por cuatro reales lo que no vale más que dos? ¿Y de aquel jornalero que trabaja más a destajo que a jorna? ¿Y de aquel rico que, aprovechándose de la ocasión, les da a sus obreros menos jornal del que puede y debe darles? ¿Y ese mocito descabezado que derrocha en cuatro días el caudal que le dejaron sus padres? ¿Y aquel miserable que en su vida ha dado una limosna? Pues bueno; cuando a esos les preguntes, te responderán que son hombres de bien, como el que más; que ellos usan los medios humanos para granjearse una fortuna, que gastan lo que es suyo; en una palabra, que ellos no roban, ni matan. Por tanto, para esos tales, no robando ni matando, ya son hombres de bien. Por tanto, en ese caso, no habría que hacer, para conocer a los hombres, mirar y escudriñar su corazón, sino los pies para saber si llevan grillete. De modo que, según eso, todo el que no haya estado en la cárcel por ladrón o por asesino, será bueno para el cielo. Hombre de bien no encontrarás ninguno sin religión, y, si esto es así, no me digas que la verdadera religión es ser hombre de bien.

—Todo eso está muy bien, señor Cura. Pero no me negará usted que sacramentar a un enfermo es lo mismo que matarlo. Para eso debe esperarse a los últimos.

—Eso es, a los últimos, cuando ya no pueda confesarse, cuando ya no tenga fuerza ni entendimiento para comprender que ha llegado su última hora. ¿Entonces queréis llamar al sacerdote, cuando de nada puede servirle? Jesucristo es Dios de vivos, no de muertos, y no nos dió a sus ministros para sacramentar cadáveres. Ya sé yo que hay casos fulminantes y repentinos; y en esos casos se les puede administrar bajo condición. Pero, en los otros casos en que da mucho tiempo, la misma familia forma una como especie de conspiración, para impedir la entrada al sacerdote, y esa alma, tocada de la gracia de Dios, que quiere elevarse hasta su Dios que le llama, es impedida por cariño mal entendido de la familia;

y si el médico o el sacerdote arriegan una frase confortativa para el alma del enfermo, se les titula imprudentes, inhumanos, porque quieren salvar esa alma. No hagais eso nunca; salvad las almas de vuestros parientes y amigos, que ellos después pedirán por vosotros.

Madre mía celestial,
Alma de mis pensamientos,
Reira de mis sentimientos,
Viris de gloria eternal,
V ti acudo, Madre mía,
De mis ensueños encanto,
En ti confío, a ti canto
Las penas del alma mia.
V marte a ti con fruición
Prometi al tomar estado;
V al no amarte, es descontado,
Zozobra mi corazón.

Movimiento parroquial desde 1.º de Enero

Bautismos.: Ruperto del Olmo Alonso, Higinio Gibaja Ventosinos, Máxima Manso Vallejo, Félix de Lara Aguado, Natividad Hernández de Saa, Eugenia Delgado Díaz, Juliana Baena Ramos, Nemesio de Castro Sanz, Antonia Vázquez Sobreviela, Julián García Manso, Vicenta Sánchez Aguado, Angel Muñoz Baena, Hermenegildo San José Díaz, Antonio García Pozo, Julián de Lara y de Saa, Julián Díaz Alcalá, José Alonso del Olmo, Encarnación Aguado Alonso, Paula Muñoz del Olmo, José de López Díaz y Lucio Homobono Guadalix.

Defunciones: Jerónimo Alonso San, Francisca Sánchez Aguado, Mariano Sobreviela Aguado, Máxima Manso Vallejo, Prudencio Aguado Gibaja, Antonia Aguado Izquierdo, Antonia Sevillano López, Carmen Aguado Esteban, León Pérez Bayo, Agueda Muñoz Encinas, Eugenia Delgado Díaz, Higinio Gibaja Ventosinos, Encarnación Baena Ventosinos, Vicente Valdemoro Casado, Isabel Pérez Aguado, Vicente Baena Aguado, Petra de Castro Sánchez, Hilarión Ribada Martín, Agustina Vacas Vicente, Julián Díaz Alcalá y Teresa Gibaja Salinas.

Matrimonios: Fernando Burgueate López-Cerezo con Juana Alonso Carrasco; Calixto del Rosario y del Olmo con María de la Paz de Lara Hernán, y Manuel Morcillo Rodríguez con Elvira López y López.

En la Comisaría

Guardia.—¡A la orden!
Juez.—Adelante. ¿Qué sucede?
Guardia.—Un beodo.
Curda.—Eso es. Veo...do Veo...doble...
Juez.—Este es el mismo de siempre.
Curda.—Eso es... El mismo de siempre, por formalidad y porque no digan.
Juez.—¡Pero te vas a pasar la vida cumpliendo quincenas!
Curda.—Es que... yo... soy muy cumplido.
Juez.—¿Y dónde tomaste la última copa?
Curda.—Pues... en una taberna.
Juez.—¡Hombre! ¡Si que es raro! Pero ¿en qué taberna tomaste la última copa?
Curda.—Señor Juez, ¡yo nunca tomaré la última copa!
Juez.—Vaya, vaya, Veo que tu borrachera es declarada.
Curda.—¿De... clarada? ¿De vino, señor, de vino! ¡Del mejor morapio que se cata en España!
Juez.—¿Y cómo te emborrachaste?
Curda.—Pues verá usted. Que me traigan una botella y verán cómo.
Juez.—Bueno, bueno, no quiero saberlo. Pero mucho cariño me debes tener cuando me visitas tan a menudo.
Curda.—Sí, señor; mucho cariño. Y co... mo el único medio de... venir es... es... emborracharme, pues... pues ¡velay!
Juez.—¡Vaya una turca!
Curda.—A... mí... me gustan mucho las turcaas.
Juez.—Guardia, lléveselo.

Colmos

¿Cuál es el colmo de un sastre?
Casarse con una americana, y volverse sin chaleco.

¿Y el de un zapatero?
Hacer palmillas de las palmas y coserlas con el hilo de la existencia.

¿Y el de un artillero?
Disparar una batería... de cocina.

MARIANO SEBASTIÁN IZUEL.

A. M. D. G. et B. M. V.